

Psique: Mujeres de Edipo y los avatares de lo femenino en la mentalidad de occidente

Women of Oedipus and the avatars of the feminine in western mentality

María del Refugio Navarro-Hernández (1955, mexicana, Universidad Autónoma De Nayarit, México)

Salvador Vázquez-Sánchez (1945, mexicano, Universidad Autónoma De Nayarit, México)

Celso Valderrama-Delgado (1960, mexicano, Universidad Autónoma De Nayarit, México)

cuca_navarro@yahoo.com.mx, salvador.vazquez@uan.edu.mx, celsovalderrama@yahoo.com

Somos Edipo y de un eterno modo la larga y triple bestia somos, todo lo que seremos y lo que hemos sido (J. L. Borges)

Resumen

La crítica a la modernidad plantea una intervención a la centralidad misma del paradigma del sistema patriarcal, para develar la relación elíptica entre masculino-femenino como ontologías equidistantes entre sí, y enlazadas no solo como una complementariedad clásica, sino como la estructura de la simbolización de lo masculino desde el silencio de la madre. Se analiza, desde la construcción de lo simbólico de las estructuras del mito, hacia una explicación hermenéutica de las apreciaciones de las conductas más estandarizadas de las mujeres mexicanas, que pueden ser un modelo comprensivo de la interioridad femenina. Así se encuentra que la sexualidad materna y sus implicaciones en el Edipo nos ofrecen un cuestionamiento esencial a la cultura occidental y una nueva perspectiva para aprehender los avatares de la mentalidad. Una topología desmanteladora del proceso edípico y una tesis epistémica de la feminidad. Juego de desplazamientos y trampas de espejismos en las estrategias de las relaciones, la trama de la red, la funcionalidad del sistema patriarcal y una exposición de relatos claves de la conformación del ente masculino de occidente, hasta convertirse en un ser integral (Edipo-Job) que se define en la perversidad o monstruosidad de sus dominaciones y poderes, que lo hacen errar ciego y sostenido por Antígona; estas herederas de todas las mujeres de Edipo, esfinges o pedazos que, de ideal en ideal, se adhieren a la persona de Edipo mientras vaga en las sombras, en el silencio de su amante y madre.

Palabras clave: femenino, masculino, ontologías, silencio, simbolización

Recibido: 10-04-2013 → **Aceptado:** 30-06-2013

Cítese así: Navarro-Hernández, M.d.R.; Vázquez-Sánchez, S. y Valderrama-Delgado, C. (2013). Mujeres de Edipo y los avatares de lo femenino en la mentalidad de occidente. *Boletín Científico Sapiens Research*, 3(2), 8-12.

Abstract

The critique of modernity, poses a speech to the same central paradigm of the patriarchal system, to reveal the relationship between male-female elliptical as ontologies evenly spaced, and bound not only as complementary classic, but as the structure of symbolization aware of the male from the silence of the mother. Is analyzed, from the construction of the symbolic structures of hermeneutic myth, towards an explanation of findings of standardized behaviors Mexican women, may be a comprehensive model of female interiority. So is that, maternal sexuality and its implications in the Oedipus, offers an essential challenge to Western culture and a new perspective to grasp the vagaries of the mind. A topology view oedipal processes and epistemic thesis of femininity. Set traps and illusions shifts in relations strategies, the fabric of

the network, the patriarchal system functionality and an exhibition of key stories shaping the western male body into a whole being (Oedipus-Job) as defined in the or monstrous wickedness of their dominations and powers, they do wander blind and supported by Antigone, these heirs of all women of Oedipus sphinxes or pieces of perfect ideal, stick to the person of Oedipus as he wanders in the shadow, silence of her love and mother.

Key words: feminine, male, ontology, silence, symbolization.

Introducción

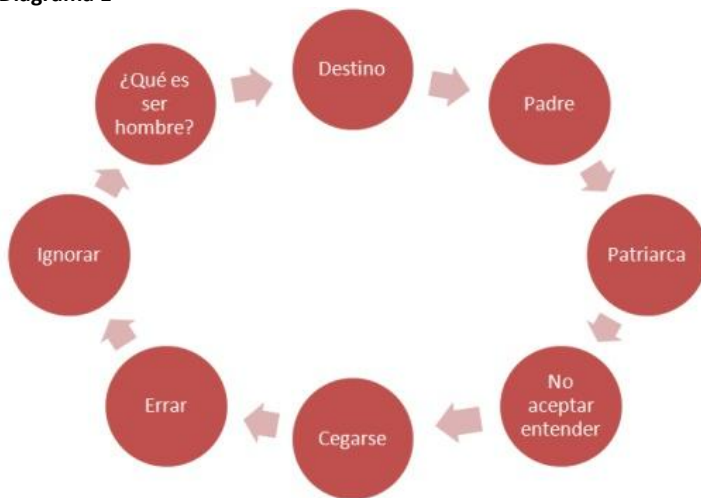
La estructura dinámica del espacio escénico del Edipo Rey (Sófocles siglo V a.C.) se ha convertido, después de Freud (1981), en una referencia explicativa de la instauración del patriarcado en la civilización griega y, por ende, en la cultura occidental. Esta escenografía (Lacan, 1975) constituye una serie de volúmenes simbólicos de representación, que se estructuran mediante la arquitectura que inscribe la figura del padre como el centro de las unidades de articulación de los signos con los que se modula la intercomunicación social y, por lo mismo, donde se ubican después de Foucault (1994) los personajes, en tanto cuerpos en acción y sistemas de relaciones de dominación. La civilización occidental, en tanto expresión patriarcal, recibe también al modelo patriarcal del medio oriente como otro pilar, para superponerse ambos entre sí y formar una sola centralidad en el padre, de una teoría de la simbolización y fundamentos de la mentalidad occidental. La crítica actual a la modernidad, en su propósito de deconstrucción o desmantelamiento de esta centralidad se propone dar cabida a la intervención de la mujer como la otra parte (invisible) del sistema (Freud, 1997), pero requiere de la mujer en una doble centralidad; esto es, que la madre recupere sus explicaciones o de exégesis que develen los procesos de simbolización que, desde la visibilidad, se reacomode el patriarcalismo y convierta el rol de integralidad e igualdad frente el avasallamiento del padre (Irigaray, 1978). Los propósitos contemporáneos serían basados a plantearle al egocentrismo masculino una relación más elíptica para que jueguen, en una misma órbita, una nueva centralidad con las dos figuras o personajes, a fin de armar los campos de la conciencia de equidad de género.

A mayor abundamiento, la senda recorrida por Edipo, en su interés de burlar al destino, lo conducen inexorablemente a cumplirlo: "Nadie escapa a los designios de un sistema". El sistema edípico es un sistema cerrado pero, ¿cómo abrirlo? El contexto en el último siglo golpea a las puertas del sistema en diversos puntos sin que se logre una transformación o entropía positiva hacia una refundamentación de las categorías y una perversión histórica. La pregunta esencial que se hace la mujer contemporánea

nea es si el destino del hombre puede seguir siendo el mismo destino de la mujer.

La ecuación griega, como decíamos arriba, permitió, después de 300 años, una intervención contextual que vino a reforzarla dentro de su legitimidad constitutiva; se complementan históricamente las aportaciones de esta otra civilización (Medio Oriente) y terminan de configurar la subjetividad occidental, esto es, la relación del hombre Job con Dios, que le aporta, a la exterioridad de Edipo, las posibilidades de la interiorización y el diálogo consigo mismo. Estas dos perspectivas consolidan una estructura del yo occidental con el *súper-yo*, trascendental así mismo. Dentro de esta topología encontramos espacios transparentes, los cuales son ocupados por Yocasta, que representa la referencia constructivista del *kosmós* propiamente Edípico; de ahí la importancia de su relevancia: Yocasta es Reina, en cambio, la mujer del Medio Oriente es el Hogar (la agricultura frente al pastoreo del patriarca), por lo que es más incorporable al esquema de la referencia y, finalmente tanto Sara-María como Yocasta, se complementan en los elementos constructivos de la nueva interioridad, desde parámetros de equidad (ver diagrama 1)

Diagrama 1



El proceso

El paso del matriarcado al patriarcado representa muchos siglos de relatos que van de lo profano a lo sagrado (Clément y Kristeva, 2000); es decir, de lo cotidiano a la ley. “La ruta antigua que anduvieron los hombres perversos” (Job 22:15-20). Edipo, siempre príncipe (primero entre los hombres) solo puede ascender a rey por la intermediación del poder constituido de la reina Yocasta. ¿Si ella hubiera investigado los antecedentes reales de este triunfador? ¿Si cuando encontró los signos y marcas ya conocidos en el cuerpo de Edipo hubiera reaccionado? Se calló y encontró más completo el goce de vivir. Los hijos, en las luchas del poder patriarcal, destruyen el reino anterior y edifican el nuevo, con sus contradicciones feministas en la posición de Antígona. (El patriarcado ya había sido instituido en Corinto y fue llevado a Tebas, por Edipo). La hija rebelde de Edipo, Antígona, la otra cara de Ismene, enfoca el feminismo transgresor más no constructivo de una perspectiva propia y liberadora, recuperable al fin por el sistema o por la ley (Legendre, 1983). Antígona es la única protectora del modelo roto por la anagnórisis de la verdad oculta y ofertadora de la catarsis social.

En la filogénesis intrínseca creada en el proceso de la formación de la subjetividad de Edipo encontramos la serie de fantasmas que se van resolviendo en las posturas de varias mujeres; “las varias mujeres” que encuentra a su paso: las mujeres corresponden a las diferentes etapas del proceso de integración de la psicodinámica en tanto sujeto edípico, la mujer ideal. Estas mujeres “*que parten de una castración simbólica vivida con rencor y humillación corre el peligro de engendrar neurosis (histeria, narcisismo exacerbado, depresión o inhibición sexual). Sólo la llegada de un hijo, piensa Freud, colmará la envidia incoercible de pene que estructura por lo tanto su personalidad. “Pasiva, masoquista, llevando arrastras un Edipo mal resuelto, la mujer tendrá una peligrosa tendencia a delegar en su compañero sus sentimientos ambiguos por la madre, primer objeto de decepción amorosa” (Skittecatte, 1995).*

Las mujeres de Edipo son partes que no constituyen una sola, integral, sino un “monstruo”, un “frankenstein” que es enfrentado como un enigma, una Esfinge, misterio que se resuelve a través de un solipsismo de su propio *speculum* (Irigaray, 1978) y sus recursos autoanalíticos al fundar con esto una ética hermenéutica, base de su teoría del amor. Edipo entiende a la mujer a través del lenguaje; sonidos y silencios que configuran códigos y matrices, signos, palabras...

Desde la perspectiva de la relectura profunda de Freud hecha por Lacan (1975), la investigación sobre el lenguaje se constituye en la única estrategia de abordaje más productiva de la interioridad, por lo que es necesario batallar con este juego especular de los montajes semióticos para establecer los modelos interpretativos y, eventualmente, establecer planicies de matrices heurísticas que nos den algunos indicadores de la conformación específica de lo femenino y, al mismo tiempo, definir los espacios imaginarios, fantasmales, en los que navega el pensamiento racional de la mujer.

La posición edípica es un significante que se define como un sistema que va resolviendo todas las articulaciones y conexiones entre objetos y sujetos. Ensamblaje de maquinarias semánticas y arquitecturas semióticas que le dan sentido al fenómeno patriarcal.

Los enigmas de Edipo como la verdad de sí mismo

La mujer produce temor (Fraisie, 1992) porque es la única que lo conoce como “monstruo”; miedo que lo atormenta durante su infancia y juventud. Miedo que se produce en la lucha consigo mismo, por dominarla y someterla, domesticarla, y lo hace navegar “de mujer en mujer,” y aprende algo de todas y de ninguna. El misterio no desaparece nunca.... La navegación de Edipo hacia su interior y de este hacia el exterior es un constante repetirse: ¿qué quiere la mujer? Y cuando tiene una respuesta, la mujer ya ha desplazado su deseo y vuelve a distorsionar el sentido supuesto dado por Edipo, a fin de convertir esta persecución en una búsqueda permanente de sentido de sí mismo, respecto de la mujer.

¿Qué soy?, se pregunta Edipo. El Oráculo de Delfos le dice que es un “parricida”, y un “incestuoso”. Sobreviene el horror y el rechazo absoluto al destino y, en consecuencia, se instala la fullería para burlar el designio de los dioses; huyendo de su territorialidad va directo al abismo de enfrentarse a la mujer ideal: la esfinge. Es esta mujer la que le da la verdad de sí mismo, es decir, un hombre dotado de falo y de poder, frente a la supuesta castración de la mujer. El falocentrismo que rodea lo masculino rebasa el círculo en que se establecen las relaciones con “la otra”, la es-

posa, que enmascara y oculta a la madre mediante su silencio. Los temores a lo insondable de la interioridad femenina se reducen a establecer una plataforma de poder que subsana la ignorancia sobre la fecundidad y la reproducción, y observa a la mujer sin que le importe el “¿por qué ella, y yo no?”.

La interioridad femenina es sofocada por ese temor hacia los “poderes ocultos” de la mujer arcaica, que subyace en la mujer que tiene ante sus ojos. Mujer arcaica, devoradora, madre primigenia de todas las mujeres. Fantasmagoría instalada como una estructura semiótica cuyos significantes los encontramos desde la primera separación del bebé con el seno materno. La *peste* generada por la “mujer ideal” termina en un *happy end* para Edipo pero, en el desplazamiento hacia el futuro, se transforma en “miedo a la mujer”, que recupera el miedo a “la madre ancestral” y se proyecta, ciegamente, sobre Yocasta.

Edipo se encuentra “a sí mismo” con la relación incestuosa

La felicidad (como liberación) de Edipo es alcanzada cuando es convertido en el rey de Tebas. Poderoso, rico, prominente, dominante, majestuoso, hermoso, galante, educado, gentil y “todos los atributos ideados a través de la historia moderna”. Todas las mujeres de Edipo, la esfinge, han desplegado, en esta etapa, todas sus diferencias y son capitalizadas en una entronización de “la mujer que me ama”. En esta etapa la bonanza del sistema patriarcal es la Arcadia en la que Edipo es un fin en sí mismo y la mujer está sojuzgada, oprimida, pero “contenta”. La subversión de la mujer a la felicidad edípica es asimilada por la “prosperidad”; la tendencia al consumismo (shopping) desde la antigüedad ha sido una conducta propia de la mujer (en la cultura islámica, las mujeres del harem gastan lo más que pueden obtener del marido para, cuando ya no son favoritas, tener un capital suficiente para vivir). La sustitución del valor felicidad por el objeto de consumo es un truco usado con frecuencia por las relaciones con “*el brillo de la cosa que se desea*” (Lacan, 1991).

Esta felicidad arcádica no es sana, porque en secreto está sustentada en otra mujer que va a ser definitiva para la verdad que busca Edipo, es decir, es una etapa en la que no cabe la pregunta sobre el incesto, puesto que él ha logrado burlar al destino. La sorpresa que subvierte la felicidad de Edipo era el silencio que había desplegado Yocasta y, en vez de ser el rey de sí mismo, en realidad habría sido un esclavo sometido a la dominación de esa mujer arcaica y devoradora que es su *madre*. El estupor frente a lo que está detrás del espejo; al más allá del sujeto femenino imaginado en el *speculum* de Edipo, prefigurado por la presencia de estas “*madres imaginarias*” (Marbeau-Cleirens, 1988) se vuelca hacia la búsqueda de su malestar, apenas vislumbrado desde su felicidad.

De nuevo la peste

Edipo, nuevamente en problemas. ¿Por qué no soy totalmente feliz? Esta pregunta lo empuja hacia un torbellino de preguntas que lo hundan en una desesperación existencial más profunda. Consulta de nuevo al Oráculo, a los sabios Tiresias, a los implicados en la fullería en la que estaba armada la felicidad edípica, a Yocasta misma. Y le miente, le oculta la verdad, pero por qué. El mundo de Yocasta es uno de ficción y una trampa mortal. En la búsqueda de la felicidad, Edipo nunca previó encontrarse con su madre y esta, aun cuando se encontró con su hijo, a pesar de reconocerlo, no lo aceptó como tal, sino como “el nuevo rey” y coparticipó en esta “felicidad insana”. Su “silencio” se volvió “discreción” y esta, en

“complicidad” con el destino en tanto océano insondable y eterno; pero nadie escapa a su destino. Nadie está fuera de la historia.

La exigencia de Yocasta sobre Edipo para que callara y dejara en la sombra de la comunicación a la verdad es una pretensión de sometimiento de la verdad a designios que supone “que los dioses no se darán cuenta”. Posición que Edipo no acepta, porque sabe que nadie puede contra el poder del que todo lo sabe y todo lo ve. Edipo se estrella contra su propia condición de ser un “iluminado”, y no puede estar cobijado bajo la sombra que domina Yocasta. La sombra del silencio. “Silencio que habla” a través de la morbilidad que aqueja la personalidad de Edipo. El entrecruzamiento de conocimientos entre Tiresias y el pueblo (coro) enmarcan la pertinencia política en el que el drama se desenvuelve. Proceso hermenéutico de correspondencias del juego de luz y sombras en que se teje el espacio epistémico de la necesidad de conocer, pensar y visualizar el mundo.

¿Por qué la mujer ha hecho de la *discreción* un sistema de vida? Para evitar el *escándalo*, evitar que el sol le dé a la cara a Yocasta. El reconocer que, el trasfondo de la luz, es un signo de muerte: el *incesto*. ¿Qué es lo que salva a Edipo de la muerte? Lo salva, justamente su fortaleza de enfrentarse finalmente, a su verdad. En una visión de futuro que enlazaría la salvación edípica con el desplazamiento del egocentrismo hacia la periferia o exterioridad en la que se sitúa la salvación con un Dios (Yahvé o mesías); esto es, Dios es la figura que asume la responsabilidad que le compete al Edipo trágico, que en su tiempo podría recurrir, de nuevo al destino. ¿Qué es lo que condena a Yocasta? El silencio de su verdad. Edipo quitándose los ojos, ¿ve mejor? Yocasta ahorcándose, ¿pagó su culpa? Ella simplemente se silenció.

Trashumancia de Edipo

Edipo, después de salvar el horror de la verdad, ciego, se dedica a explicar al mundo el *destino del hombre*. Pretensión imposible. ¿Quién estará de acuerdo con él? Un ser maldito, un perverso. ¿Es confiable? ¿De qué verdad habla? No tiene validez más que para sí mismo, según el coro. El pueblo no tiene nada que ver en este asunto; es un asunto particular, privado.

Desde milenios, Edipo vaga explicando cosas que nadie entiende. Antígona “la rebelde” es la única que lo acompaña *por amor al padre* y desarrolla las estrategias explicativas desde una “¿nueva Yocasta?”: el patriarcado. Para Antígona, la luz y sombra del drama de su familia solo se mantiene por el amor trascendente: el amor que levanta los paradigmas de la separación de las diferencias y promueve la complementariedad de los contrarios, la unidad de las diferencias: el amor como una dialéxis, es decir, una lógica de las relaciones y las estructuras.

En los templos en que se adoraba a Edipo se le representaba como un educador de los adolescentes; como un “dios” de la juventud. ¿Por qué los jóvenes, de la mano de Edipo, encontrarían la vía de sí mismos? Para los griegos no había otro camino. Los jóvenes soñaban con encontrarse una Antígona (una rebelde) comprensiva que ayudara a entender la parte oscura de Yocasta y evitar así el que se presentara después del drama de la existencia cuando sería demasiado tarde. La búsqueda de la vocación, del adolescente, situada en un espacio de esfinges y Yocastas, solo Antígona podría colaborar en evitar el dolor y el sufrimiento y, como esta no puede llegar a tiempo, entonces todas las mujeres del adolescente son

burladas por ser “falsas Antígonas”, “Ariadnas”, instrumentos, y en el mejor de los casos un soporte en la conquista de la imagen reproducida al infinito del héroe, del dispuesto a sacrificarse por la virtualidad del espejo de sí mismo.

La ruta de los templos dedicados a Edipo, en Grecia, obedecían a una agogé catártica que aseguraba un cierto tipo de conciencia sobre los valores de la existencia para deshacer el absurdo del orden del mundo y que minaban la autorrealización del sujeto. Esta peregrinación hacia sí mismos establecía las veredas ocultas del inconsciente personal con el inconsciente colectivo de la polis y, en consecuencia, del ciudadano. Edipo era concebido como un rito de iniciación e inserción social.

La política, la economía, la cultura y la historia son situaciones donde el sujeto griego se incorpora con mayor tranquilidad a los retos de la realización personal.

Job/Edipo

Los postes “*Job/Edipo*” (Meyer, 1974) de transmisión de la corriente de los procesos edípicos encuentran un conductor que le imprime una velocidad de integración mayor que el simple proceso de la cultura griega; es decir, la inducción del cristianismo en el helenismo y, de esta forma, nos encontramos con un sistema de sinergias en el que está atrapada nuestra versión occidental del hombre. Job, chivo expiatorio, víctima de Dios y solución de las subjetividades surgidas en el desierto, provenientes del Punjab indostánico, complementa la función del “lugar propiciatorio” para que Dios desplace a los dioses. Este desplazamiento, del politeísmo al monoteísmo, constituye la confirmación y certificación del movimiento, que no cesa, patriarcalista, y falocentrista de nuestra cultura. Hombres perversos, víctimas propiciatorias y mujeres invisibles, “*madres nutricias, devoradoras, vestales, bombas sexuales, vírgenes, prostitutas*” (Skittecate, 1995) forman un conjunto de anclajes para cubrir, con la manta de las lenguas occidentales, el espacio pervertido de la ceguera y el silencio incestuoso, como subsistemas de la existencia y los géneros, como constructos simbolistas y fundadores de la personalidad occidental.

Job, hombre prominente y rico, rodeado de la amistad y de la comprensión de su mujer, se encuentra en su Arcadia disfrutando de una existencia plena de felicidad y reconocimientos; situación que lo hace susceptible a la acción de Dios, y lo somete al rigor de la prueba. ¿Por qué probar su fidelidad a Dios? ¿Qué pretende Dios probar de Job hacia su omnipotencia? ¿Inseguridad de Dios, su miedo a los “dioses ancestrales”? ¿Miedo al retorno del politeísmo? ¿Quién es la víctima que sirva de ejemplo para evitar esta regresión subversiva? Job tiene que ser inocente para que Dios pueda mostrar el ejemplo de la verdad del hombre, es decir: hombre feliz, hombre inocente, objeto del castigo divino, semidestruido en su exterioridad, pero conservada su filiación hacia la referencia fundamental de Dios. Por tanto, se salva una vez demostrada la injusticia/justicia del modelo aplicado por Dios. “*En la Biblia es la víctima quien tiene la última palabra, y esto influye sobre nosotros aunque no queramos rendir al libro santo el homenaje que le debemos*” (Girard, 1989).

Una vez que Job es sometido al rigor del castigo, pierde sus riquezas y su salud, también pierde a sus amigos y a su mujer, quienes se convierten en instrumentos ciegos de la “ira” injusta de Dios. Con los griegos, esta instrumentación corresponde al “coro” y en Job, al “pueblo”. Las “masas”, como se diría ahora, linchan torpemente las posibilidades de defensa de

Job. Su mujer es una voz que resuena en los oídos de Job, como la condena más alta del pueblo, pero esta es una voz hueca, ventrílocua; quien habla es “el pueblo” y “el pueblo es Dios”. Los amigos acicatean cada uno de los castigos infringidos por Dios al cuerpo y los bienes de Job que todo lo ha perdido... menos su fe. ¿Su fe en qué? ¿Qué es su fe: tontería, ceguera, locura? ¿Su fe en la promesa de que Dios es bueno? ¿Confirmará Dios que es el padre protector y dueño del alma de Job? ¿La esperanza de que los bienes podrán alguna vez retornar a la identidad del éxito, visión del pueblo como felicidad?

Job, criminal, juzgado y castigado, consciente de su inocencia ve el mundo como trascendencia y no como la acción corrupta de la interpretación general, de la opinión, de la audiencia... Él está por encima de la visión mediática, cambiante, vulnerable, frágil, no sustentada en la materia, en la physis, sino en lo inmanente del espíritu; en la metafísica trascendental es donde se refugia la interioridad de Job y, de esta, surge la seguridad de que se hará justicia y, el pueblo, en su veleidad, volverá a rodear de amor a la imagen de Job “héroe de todas las batallas”. Edipo, camino; Job, ejemplo-sendero. La relación entre estas estructuras funciona como paralaque en el que se han edificado los espejismos del falocentrismo de nuestra cultura. En síntesis son dos epónimos que representan una continuidad asincrónica del continuum de la historia de los totalitarismos y revueltas subversivas o reivindicadoras. La tradición que niega la revelación del “otro”, porque es “otra” y lo “mismo”, ¿es un malestar que recorre las rutas andadas por los sujetos que jalonean los parámetros de la cultura?

Conclusiones-discusión

El sujeto de la historia es en realidad el recorrido de los hombres perversos sobre una “ruta antigua” que no termina nunca de alcanzar la “cité”; observados por un Leviatán o por Dios; donde son constantemente masacrados y redimidos, en un proceso que Sísifo mantiene como esquema de promoción de la producción simbolista de los *agalmata* (Lacan, 1991) que hacen feliz al hombre y lo impelen a constituirse en familias, clanes, gens, tribus, clases, etc. y, de esta manera, definir sus sociedades y sus representaciones culturales.

Desde otros puntos de vista (tal es el caso de las teorizaciones a partir del género), la pregunta: ¿qué es el hombre?, no es simétrica con la pregunta: ¿qué es la mujer?, ya que no es un simple cambio de vocales sino una ontología distinta. No conocemos la voz de la mujer, sino el grito y, en consecuencia, recurrimos al imaginario sobre ella. El juego de espejos en la que atrapamos la realidad de las mujeres nos impide saber qué es la mujer sin el referente masculino (por lo menos hasta ahora).

En ese mismo sentido, ¿qué es la mujer? El silencio, la discreción y, ocasionalmente, la transgresión. La experiencia de los límites masculinos como otro espacio propio de la enseñanza de Antígona señalan la ética femenina del amor materno, capaz de atravesar los esquemas del deseo y la racionalidad; esto es la ley que no abarca la profundidad de lo femenino. La transgresión de la ley es también un desplazamiento erótico como un espacio lúdico que la somete a los juegos del deseo masculino y vivido como una liberación fantasma, como “mujer de segunda”, recuperada y atávica. La función femenina en el sentido en que se ha presentado el liderazgo de las mujeres, pese a su transversalidad y concertación, no muestra una estructura del inconsciente propio y sí mucho de la trampa-red de los emblemas deterministas de lo masculino. Mujeres a la cabeza de los gobiernos no son necesariamente una expresión de lo feme-

nino absoluto, sino de lo relativo masculino. Ni Edipo ni Job serían nada sin las mujeres. La feminidad como el silencio, el vacío, la hiancia, el ce-ro... la diferencia, la deconstrucción, el miedo, la “castración...” es el referente que hace posible funcionar lo masculino y, en fin, el tormento de existir.

Reflexión de la coeditora de sección Miriam Pardo Fariña: la propuesta del artículo referida a la dicotomía existente en la cultura occidental acerca de lo masculino y femenino y las posiciones subjetivas que hombres y mujeres ocupan en la cultura se centra en el mito del Edipo para comprender desde allí los énfasis realizados, a lo largo de la historia, en la importancia que conlleva la cultura patriarcal en desmedro de la mujer, centralidad simbólicamente posicionada como un garante para la cultura y los comportamientos sociales que no hacen más que evidenciar el silencio de la mujer. Lo anterior queda muy bien explicitado por los autores, quienes muestran, desde un desglose hermenéutico, basado en el mito del Edipo y en el personaje bíblico Job, las derivas de la cultura patriarcal que no considerará a la mujer como un sujeto ontológico, sino más bien como un sujeto inexistente, por lo cual queda relegada a la sumisión, silencio y vacío en pro del posicionamiento de lo masculino. Esto impedirá con creces que hombres y mujeres puedan instalarse desde una misma órbita en la producción de un intercambio cultural que no compita entre los géneros, sino que enriquezca al ser humano, lo que no resulta posible dado el egocentrismo de lo masculino, que continúa brillando, aunque alguna mujer ocupe un cargo público como la presidencia de algún país. La transmisión simbólica de estos significantes en la cultura, así como la apropiación que cada sujeto hace de aquello, no devela un futuro promisorio de cambios para los autores en tanto la mujer continúe siendo un sujeto ausente, perdido en el continente machista.

Reflexión de la coeditora de sección Alejandra Ojeda-Sampson: El artículo muestra la contemporaneidad de la discusión en torno a lo masculino y lo femenino. Para esto los autores realizan un recorrido casi poético en la literatura que da cuenta del fenómeno de la masculinidad observado en el mundo occidental. Pareciera que hoy día esta discusión ha sido superada, pero ellos se encargan de mostrar su pertinencia como objeto de estudio y por ello permite que se abran nuevas discusiones que aporten conocimiento al mismo. La teoría del psicoanálisis, en este sentido, se muestra idónea para la comprensión de estos fenómenos culturales inscritos en el inconsciente del ser humano.

Referencias bibliográficas

- Clément, C y J. Kristeva (2000). *Lo femenino y lo sagrado*. Madrid: Cátedra.
- Focault, M. (1994). *Dits et écrits 4 vols*. París: Gallimard.
- Fraisse, G. (1992). *La raison des femmes*. París: Plon.
- Freud, S. (1981). *El malestar de la cultura*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1985). *Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires: Amorrortu, vol. 7.
- Freud, S. (1997). *L'organisation génitale infantile (1923)*. París: La vie sexuelle. P.U.F. 1969:113 Obras completas, t. VII. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Girard, R. (1989). *La ruta antigua de los hombres perversos*. Barcelona: Anagrama.
- Irigaray, L. (1978). *Speculum: espectáculo de la otra mujer*. Huelva: Saltés.
- Lacan, J. (1975). *Seminario de Jacques Lacan. Livre 1 Les écrits techniques de Freud*. París: Seuil
- Lacan, J. (1991). *Seminario de Jacques Lacan. Livre 20 Aún*. Buenos Aires: Paidós.
- Leclerc, A. (1988). *Hommes et femmes*. París: Grasset.
- Legendre, P. (1983). *L'empire de la vérité*. París: Fayard.
- Marbeau-Cleirens, B. (1988). *Les mères imaginées*. París : Les Belles Lettres.
- Meyer, F. (1974). *Oedipe et Job dans les religions ouest-africaines*. J-P. Delarge.
- Skittecatte, L.A. (2005). *Los silencios de Yocasta. Ensayo sobre el inconsciente femenino*. Ciudad de México: Siglo XXI.